LA NOVELA CÓMICA

n.º 55

CORAZONADAS 10 cts. **FLERS Y CAILLAVET**



ROSARIO PINO

Fot. Alfonso.

El papel en que se imprime «La Novela Cómica» es fabricación especial de La Papelera Española.

CORAZONADAS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

M. ROBERT DE FLERS

Y

M. GASTON DE CAILLAVET

ADAPTADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 12 de Diciembre de 1906.

MADRID
CÁNDIDO ALONSO Y C.ª—RONDA DE ATOCHA, 15
Teléfono núm. 809.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PAQUITA	Sra. Pino.
UNA DONCELLA	Srta. Benito.
SANTIAGO RAMOS	Sr. Mendiguchía.
LUCIANO DE ROJAS	González.
UN CRIADO	Acuña.

La acción, en Madrid. — Epoca actual

CORAZONADAS

ACTO ÚNICO

Gabinete muy elegante en casa de Paquita. Puerta al foro y otra a la izquierda. A la derecha, un espejo de cuerpo entero

ESCENA PRIMERA

SANTIAGO, UN CRIADO

CRIADO.—(*Acompañando a Santiago.*) ¿A quién anuncio?

SANT.—(*Titubeando.*) ¿Qué?... A don... Santiago Ramos... (*Mutis el criado.*) Don Santiago Ramos... ¡Tengo un miedo!... Soy un imbécil... Estoy por marcharme y dejarlo para mañana... No... Sería la décima vez que me pasaba lo mismo. (*Se sienta. Pequeña pausa. Entra el criado y, al sentirle, Santiago se levanta asustado y deja caer el bastón y el sombrero, que recoge en seguida con torpeza.*)

CRIADO.—La señora le ruega que tenga usted la bondad de esperar un momentito. Está con su modista. (*Mutis.*)

SANT.—(*Con la mano en el pecho.*) ¡Cómo me late el corazón!... ¡Ya se calma!... ¡Ya está mejor!... ¡Uf!... (*Cepilla el sombrero a contrapelo, se pasea por toda la escena, y al pasar frente al espejo, se da un vistazo y hace un gesto de aprobación.*) Y ¿por qué este miedo?... Yo no me encuentro mal del todo... Tengo cierta elegancia, aire marcial, y hasta un aspecto de seductor... Sí... Soy un seductor; la señora es muy amable... ¿No podría resultar que?... (*Se deshace en reverencias y en sonrisas. Luciano, que ha entrado, le contempla estupefacto.*)

ESCENA II

SANTIAGO Y LUCIANO

LUC.—(*Burlándose.*) ¡Todavía no!

SANT.—(*Deja caer de nuevo el sombrero y el bastón.*) ¡Me has asustado!...

LUC.—Sosiégate y continúa.

SANT.—No te burles de mí.

LUC.—¡Ah, ya sé, chico, ya sé! Tú estás enamorado de Paquita.

SANT.—(*Se estrechan la mano.*) Gracias. ¡Yo he tenido relaciones con la institutriz de su hija!

LUC.—¡Eso ya es menos distinguido!

SANT.—Pensé en ella misma; pero no estaba para mí. Era una mujer que se pasaba la vida a caballo. Yo la quise acompañar por el Retiro; pero me enteré de que exigía que sus acompañantes perdieran los estribos a la tercera vez; y, la verdad, sintiéndolo mucho, yo...

LUC.—Es una lástima. Hubiera sido un recuerdo muy agradable. Sigue.

SANT.—Ya sabes que tenía cierta confianza en casa de la duquesa de Aldehuela.

LUC.—¡Ah!... Es que...

SANT.—No, no. Recordarás que ella tenía dos hijas hermosísimas, graves y dulces como las infantas de Velázquez; el color, mate; los ojos, aterciopelados.

LUC.—¿Y acaso alguna?...

SANT.—No. Ellas aprendían el francés con una bordelesa rubia. Una chica muy mona y muy buena... ¡No había tenido un amante jamás!

LUC.—¿Jamás?

SANT.—Jamás..., en España... Me quiso seis meses.

LUC.—Pero ¿por qué no te fijaste en la misma duquesa? Tiene fama de no ser inaccesible.

SANT.—Tal vez; pero también la tiene de ser poco instruída, y yo...

LUC.—Sí; con respecto a la instrucción, tú ya estabas muy mal acostumbrado...

SANT.—La tercera...

LUC.—(*Ríe.*) Supongo que sería otra institutriz.

SANT.—Exactamente. Era una institutriz. La conocí en casa de Juanita, la malagueña...

LUC.—Ah, sí. La antigua embajadora. ¡Buena mujer!

SANT.—Daba lecciones de castellano a su madre.

LUC.—Yo en tu lugar hubiera preferido a la propia Juanita.

SANT.—Lo pensé y estuve a punto... Pero luego no lo hice.

LUC.—¿Y esto es todo?

SANT.—Sí, esto es todo.

LUC.—¡Ah! (*Pequeña pausa.*)

SANT.—¿En qué piensas?

LUC.—Pienso en que así como hubo un célebre criminal que no mataba más que criadas, tú no te enamoras más que de institutrices. ¡Cada uno tiene su destino! ¿Y ese pasado es el que tuviste la feliz idea de contar a Paquita? ¡Cómo se habrá divertido!

SANT.—Sí. ¡Se reía mucho conmigo!

LUC.—No lo dudo... Hijo mío, tus amantes no son de las que pueden envanecer a nadie.

SANT.—Eran tres muchachas preciosísimas.

LUC.—Podrás presumir de todo, menos de amor propio. ¡Y yo dudo que Paquita quiera completarte esa especie de Universidad amorosa... A una mujer no la importa que su adorador se haya divertido con algunas chiquillas encantadoras; pero la gusta que le hayan querido otras mujeres algo conocidas por su rango, por su fama, por su posición en el mundo, con las cuales pueda compartir, sin desdoro, sus recuerdos...

SANT.—¿Tú crees...?

LUC.—Y no es eso lo peor. Tú has cometido la falta de no declararte en seguida a Paquita, dejándola acostumbrarse a la idea de no quererte nunca. Debiste entrar en campaña inmediatamente, y así ella te hubiera agradecido por lo menos ese homenaje.

SANT.—Pero ¿cómo lo iba a hacer sin conocerla apenas? Sólo sabía que ella era una mujer muy correcta, muy bien relacionada, y que al enviudar del arquitecto Martín llevó algunos meses un luto riguroso y un dolor de medio luto.

LUC.—Sí. Durante un año, el negro la puso un poco triste.

SANT.—Sólo tuvimos algo de intimidad en los ocho días que pasé en San Sebastián. Paseábamos algunas veces juntos por la playa; ella, radiante y seductora; yo, tembloroso y en silencio. Ni sabía nada de su vida ni me atreví a informarme tan pronto. Por un lado pensaba que habría tenido amantes, y temblaba por si yo lo era y los echaba de menos. Por otro lado suponía que estaba dispuesta a ser virtuosa y me daba miedo de ser yo su primera caída.

LUC.—¡Ya se hubiera levantado!

SANT.—Entonces, ¿tú sabes algo de ella?

LUC.—Yo sé que la gusta que la cortejen, y que de vez en cuando desprecie a todos los hombres en compañía de uno solo.

SANT.—¿Es que ha tenido amantes?

LUC.—¿Qué preferirías, que los hubiera tenido o que no?

SANT.—Eso, según... ¿Los ha tenido?

LUC.—Se dice que sí.

SANT.—Entonces, prefiero que los haya tenido... ¿Cuántos?

LUC.—¡Pobre curioso!

SANT.—¿Más de uno?

LUC.—Se dice que sí.

SANT.—Me alegro.

LUC.—¿Por qué?

SANT.—No lo sé; pero prefiero que hayan sido dos.

LUC.—¡Yo no te he dicho que dos!

SANT.—¡Has dicho más de uno!

LUC.—¡Veo que estás enamorado de veras!... Pues sí... Casi estoy seguro de Perico Lasarte y de Paco Rastreta... Después, Luciano Durán... Pero éste no se cuenta, porque se ha marchado de Europa.

SANT.—¿Y eso es todo?

LUC.—Sí, porque a los otros, si los hubo, ya los habrá olvidado seguramente, y por lo tanto no existen para ti.

SANT.—(*Muy contento.*) ¡Entonces es una mujer casi virtuosa!... ¡Me has hecho feliz, querido Luciano!... ¡Eres un amigo verdadero!... Eres bueno, leal, generoso; no hablas mal de las mujeres...

LUC.—¡Te advierto que no es a mí a quien te tienes que declarar!...

SANT.—¡Qué quieres!... ¡Es la fuerza del amor que la tengo! Desborda de mi corazón rebosante, y se derrama sobre todo lo que la rodea. ¡Ella me ha hecho querer una porción de cosas que me eran antipáticas!

LUC.—Muchas gracias. (*Le da la mano.*)

SANT.—¡Perdóname!

LUC.—No te excuses. La sinceridad me agrada... Sólo que, precisamente, esa sinceridad es la que te perderá con las mujeres, y sobre todo con Paquita. ¡Tú no conoces la indiferencia! La misma fuerza de tu sentimiento eleva tu manera de expresarlo. Por eso ella te debe de encontrar muy aburrido.

SANT.—Pero...

LUC.—Aburrido y un poco tonto... Hay que darlas a entender que estamos dispuestos a dejarnos enganchar, pero no que ya estamos enganchados. Tú la propones una partida agradable, y se la das por ganada; no hay juego posible. Tú quieres hacer con ella una comedia deliciosa, y en seguida saltas al desenlace; no puede haber fin de fiesta... Quieres que ella te ame, y la haces ver desde el primer momento que estás perdidamente enamorado; no puede haber amor.

SANT.—Pero ¡tú no crees en nada!

LUC.—¿Yo? Yo creo en todo. ¡Yo soy un escéptico!

SANT.—¡Pues yo no creo más que en Paquita! Y, al confesarla lo que pasa en mi corazón, la diría: "Vámonos, renunciemos al mundo, abandonemos esta vida frívola, de coquetería y de placeres livianos... Vivamos el uno para el otro... Solos, muy solos."

LUC.—¿Y piensas que basta con eso?

SANT.—¿No crees?...

LUC.—¡Me das lástima!... Las mujeres no quieren nada de pasión... Lo único que necesitan es distraerse, estar a gusto, y, a lo más, un poquito de ternura... Pero tú... ¡te piden de merendar, y las ofreces un banquete! ¡Desean un *bibelot,* y las mandas un mobiliario completo!

SANT.—Pero entonces, ¿qué es el amor?

LUC.—El amor es... ¡historias de mujeres! (*Pausa.*) ¿Quieres el secreto del triunfo?... Un poco de deseo, un poco de melancolía, casi nada de sentimiento, mucha ligereza cuando se trata de asuntos serios, mucha gravedad a propósito de nada... Algunas comparaciones escogidas; la estrella, la flor, o el pájaro, sobre todo el pájaro... ¡Sin salir de ahí!

Una ausencia completa de originalidad, que las hace decir: "Este no es como todos los demás"... Una serie de tonterías que las hace pensar: "¡Nunca me han hablado de esta manera!" Un aspecto a la vez de profundo convencimiento y de discreto despego, que las inspira al mismo tiempo estas dos reflexiones contradictorias: "Estaré con él toda la vida" y "le podré dejar cuando me parezca".

SANT.—¡Te admiro! ¿Quién te ha dado esa confianza en ti mismo?

LUC.—¡Yo mismo!

SANT.—Y tu amiguita, ¿te ama?

LUC.—¿Lucía?... Lo bastante para que sus amigas no resistan más que un momento. (*Gritando.*) ¡Ah!

SANT.—¿Qué pasa?

LUC.—¡Tu corbata!... ¡No me había fijado en tu corbata!... ¿Qué consejos quieres que dé a semejante corbata?... ¡Un nudo hecho, desgraciado!... ¡Un hortera la despreciaría! Esto es una infamia. (*Le tira de ella y se la rompe.*)

SANT.—(*Mirándola rota.*) Pero hombre. ¿Te has vuelto loco, Luciano? ¿Qué voy a parecer sin corbata? Dame la tuya.

LUC.—No, no... ¡Este color en ti, sería una herejía!...

SANT.—¡Y Paquita que va a salir!... ¿Cómo me presento sin corbata? ¡Dios mío!

LUC.—Vete a buscar una.

SANT.—¿Y si sale?

LUC.—Bueno. Yo le haré una declaración en tu nombre.

SANT.—(*Vivamente.*) ¿Tú harás eso?

LUC.—Jamás. Ha sido una broma.

SANT.—Sí, sí, Luciano, te lo suplico... ¡Es una idea admirable! Hazme ese favor.

LUC.—No pienses en eso. Es un sistema muy antiguo, y está ya muy gastado.

SANT.—Tú estás obligado...

LUC.—No. Te digo que eso sería ridículo... Y tú también quedarías en ridículo.

SANT.—Si debo quedar en ridículo, más vale que lo sea no estando presente. ¡Te lo ruego!... Al menos, háblala vagamente de mi asunto, dándoselo a entender de tal modo que cuando yo vuelva puedas decirme si debo avanzar... ¡Te lo pido por favor!

LUC.—Pero hombre, si... Y aunque así fuera, ¿cómo te voy a avisar?

SANT.—Con una señal.

LUC.—¿Cuál?

SANT.—Por ejemplo...: Si la cosa marcha, te pones un guante; si no marcha, te pones los dos... ¿Comprendes?

LUC.—Bueno; pero te advierto que temo no estar muy brillante;

LUC.—Un aturdido...

PAQ.—Muy molesto.

LUC.—Mucho.

PAQ.—Un salvaje.

LUC.—Eso es... ¿No tiene usted ya la misma modista?

PAQ.—Sí, ¿por qué?

LUC.—Porque nunca la he visto a usted un vestido tan... tan... provocativo como este...

PAQ.—Vamos, hoy le toca a usted estar galante... Y dígame, dígame exactamente qué es lo que le ha encargado a usted ese estúpido.

LUC.—Que tanteara el terreno, a ver si era el momento oportuno para lanzar una declaración... Y, de paso, que hiciera su elogio discretamente...

PAQ.—Bueno; pues ya está hecho.

LUC.—Ya está hecho... Y puesto que ha terminado mi misión... (*Se levanta y va en busca del sombrero.*)

PAQ.—¿Tan pronto?

LUC.—Es que... (*Mira su reloj.*) Las seis y cuarto... Menos mal que mi reloj adelanta. (*Vuelve a sentarse.*) Supongo que me perdonará usted por haber hecho un papel tan desairado... ¡Soy tan débil!... No sé resistir a los amigos.

PAQ.—Pues yo sí.

LUC.—Ese pobre Santtiago me ha enternecido... Me rogó, me suplicó que le apuntara—no sé cómo decirlo—una fórmula para...

PAQ.—¡Ah! Le felicito cordialmente... No conocía su competencia profesional, que debe ser mucha... ¿Y puede saberse lo que le ha aconsejado usted? ¡Esto es divertidísimo!...

LUC.—¡Andese usted con cuidado!

PAQ.—¡Qué presumido!

LUC.—¡Después de todo, para lo que yo arriesgo!... Bueno, pues le he dado a entender que no debe aspirar a usted... Que es usted una mujer muy hermosa, muy elegante y muy solicitada, a quien es preciso hacer la corte de una manera distinguida y sin ser pesado para no aburrirla ni apremiarla... Y le he dicho también: "Amala, mucho o poco, pero siempre con delicadeza y sin la menor violencia... Ella merece que se la adore, porque es una criatura delicada y deliciosa."

PAQ.—¡Oh, oh!...

LUC.—"Es desconfiada, porque se siente demasiado tierna, aunque no quiera confesarlo..."

PAQ.—¡No; confesarlo, nunca!... ¡Esa es una frase exacta! ¡Una misma es la mejor confidente! Adelante.

LUC.—"¡Pero si yo la amo!"—suspiró lastimosamente el pobre chico, que debía sufrir bastante—. "Amigo mío—le respondí—, eso no basta... El amor no es una substancia simple. Está ya analizado: descom-

puesto, subdividido... Tú no estás al corriente de estas cosas y quieres ofrecérselo en bruto a una mujer tan encantadora, tan sutil... ¡Qué herejía!... Tú la amas... ¿Y qué tenemos con que tú la ames?"

PAQ.—¡Todo eso está bastante bien!

LUC.—"Es más difícil de lo que parece llegar a interesarla... Es preciso tener al mismo tiempo astucia y sinceridad, debilidad y fuerza, cierta melancolía... ¡Vaya si es difícil!... Y merece todo eso y algo más, porque tiene una elegancia ideal, una seducción extraña... ¡Vaya si lo merece! Y hoy sobre todo, con sus cabellos más espléndidos que de costumbre, su gracia más preciosa, su belleza más ardiente... Y este vestido... este vestido..." (*Paquita le mira un poco sorprendida.*)

PAQ.—¿Esos son los consejos que le ha dado usted siempre a Santiago.

LUC.—Sí.

PAQ.—Pero ¡si él no me ha visto con este vestido!

LUC.—¡Calla!... ¡Es verdad!

PAQ.—Entonces, ¿qué?...

LUC.—Entonces... nada... En fin; ya está dicho.

PAQ.—No sabe usted lo que me agrada el ver con cuánta autoridad habla usted de estas cosas, en nombre de otro... Y sobre todo su convicción...

LUC.—¿Cree usted que si hablara por mi cuenta?...

PAQ.—... ¿Sería menos brillante? Sí que lo creo.

LUC.—No tiene usted derecho...

PAQ.—Vamos, confiese usted que no piensa una sola palabra de cuanto ha dicho.

LUC.—Nada de eso... ¿Quiere usted saber una cosa? Lo he pensado mucho, después de haberlo dicho.

PAC.—Muchas gracias.

LUC.—Y ¿sabe usted lo que haría en este momento, siendo sincero?

PAQ.—¿Qué?

LUC.—Lo repetiría.

PAQ.—¡Atiza!... Haría usted muy mal.

LUC.—¿Por qué?

PAQ.—¿Está usted loco?... Somos antiguos amigos, y nunca se le ocurrió a usted hacerme el amor... ¿Por que ahora, tan de repente? ¿Hay algo entre nosotros que no había antes?

LUC.—Santiago.

PAQ.—¡Qué buen humor tiene usted!

LUC.—La aseguro que no bromeo. Tan verdad como que yo mismo no comprendo lo que me pasa. Es cierto, real, inexplicable, que me ha ocurrido un fenómeno extraordinario... ¿Acaso, al ir detallando sus encantos, he sentido de repente toda su fuerza?... ¿Me ha conquistado la exaltación con que rechazó usted a Santiago?

PAQ.—Entonces es que se ha contagiado usted... (*Burlona.*)

LUC.—No se ría usted. La aseguro que empieza usted a gustarme demasiado, sin que yo haya puesto nada de mi parte. Esto es una cobardía. Debió usted advertirme...

PAQ.—De modo que si lo sabe usted, no viene.

LUC.—Seguramente. Ya sé lo que me va usted a decir... Que mi pasión es un castillo de naipes. Que no hay entre ella y la de Romeo por Julieta más que una relación irrisoria.

PAQ.—Se parece un poco, pero no mucho.

LUC.—Sin embargo, si reflexiona usted un momento, se convencerá de que he dicho la verdad... ¿Hay nada más sencillo que un capricho? ¡Se puede estar más seguro de que existe un capricho que de que existe una pasión! ¿No es una prueba de que se desea verdaderamente una cosa, el desearla sin ninguna razón?... ¿Puede usted dudar de que la ama un hombre cuando sólo hace una media hora que la ama? ¡Esto es evidente! ¡Yo la he dado a usted la prueba de amor más grande que se puede dar a una mujer!

PAQ.—Casi me inclinaba a pensarlo así. En resumen: ¿acabo de recibir una declaración?

LUC.—Sí; pero no me lo recuerde usted, porque me da mucha vergüenza. Es una tontería; pero yo soy así y no puedo ser de otra manera. Yo no la conocía a usted bien, Paquita. Al verla tan deseada, he comprendido todo su valor... ¿Por qué no me habré fijado antes?

PAQ.—(*Levantándose.*) Basta, Luciano. No continuemos este juego, que podría ser peligroso para los dos. ¡Y no ponga usted esa cara!...

LUC.—¡Es que me siento tan en ridículo!

PAQ.—¡Eso no me disgusta!

LUC.—¿De veras? Entonces...

PAQ.—No, no...

LUC.—¿Por qué?

PAQ.—¡Porque seríamos muy desgraciados!

LUC.—¡Quizá no tanto como usted se figura! Y, además, ese temor no ha detenido nunca a nadie. No es una razón decisiva; al contrario: es una de esas razones que se dan cuando se está decidido...

PAQ.—Qué quiere usted. Me falta la confianza. Confiese usted que tengo razón. Porque, al ofrecerme su cariño, no se acordaba usted de su amiguita, tan linda, tan fiel...

LUC.—¡Ah!...

PAQ.—Lucía... Ni del pobre amigo a quien representa usted aquí tan dignamente.

LUC.—Pensaba en ellos... tanto como usted. Y, además, ¿eso la importa a usted algo? ¡Es usted una mujer muy extraña!

PAQ.—Sí, para todo lo que son escrúpulos. Por lo visto, usted no tiene ese exceso de equipaje.

LUC.—Yo también soy muy delicado... Algunas veces hice la corte a las mujeres de los amigos, es verdad; pero, cuando ellas cedían, evidentemente...

PAQ.—Cedía usted también...

LUC.—Es natural... No podía quedar en el ridículo de...

PAQ.—De hacer... el Santiago.

LUC.—Espere usted... Cuando veía que la cosa no marchaba bien, sabía apartarme noblemente, diciéndome: "Tú no puedes hacer esto con un amigo; tú no debes hacerlo..."

PAQ.—Eso está bien.

LUC.—¿Verdad que sí?

PAQ.—Muy bien. Es usted divertidísimo. (*Pausa.*)

LUC.—¿Sabe usted que la sigo adorando?

PAQ.—¿Todavía?... ¡Cómo pasa el tiempo!

LUC.—Escuche usted, Paquita. Yo creo que hemos nacido el uno para el otro. ¡No se burle usted! Tómeme siquiera medio en serio. Déjeme quererla poquito a poco..., así... Yo no soy lo que usted cree. Tengo también mi corazoncito... Algunas veces suelo sufrir mucho... en sueños. ¿Por qué desperdiciar la ocasión de ser felices? ¿Por qué no coger una flor del camino, a pretexto de que pasamos junto a ella tantas veces, sin mirarla?... ¡Pobre florecita! Véngase usted a cenar conmigo.

PAQ.—¿Cómo? ¿A cenar con usted?

LUC.—Sí. No creo pecar de exigente. ¿Me permite usted que la acompañe al teatro? Iremos al Real. Hacen *Fausto* esta noche... Vamos... ¿Hubiera usted dudado aceptar ayer?

PAQ.—Pero hoy sí dudo.

LUC.—¿Tiene usted miedo de mí?

PAQ.—¡Qué presunción!

LUC.—¡Entonces tiene usted miedo de usted misma!

PAQ.—Eso es una insolencia. Acepto. Pero ¿me promete usted que no me aburrirá mucho?

LUC.—No la prometo nada... Voy en busca de los billetes y a encargar la cenita... (*Mira su reloj.*) ¡Ya las seis! Me voy a escape.

PAQ.—Tiene usted tiempo de sobra. Su reloj adelanta.

LUC.—Ahora va bien... Tengo que disculparme...

PAQ.—¡Ah! ¿Iba a comer con?...

LUC.—Sí, con... Voy a poner un pretexto.

PAQ.—¿Por esta noche?... (*Suena un timbre.*)

LUC.—¡Caramba!

PAQ.—¿Qué ocurre?

LUC.—Debe ser Santiago.

PAQ.—(*De muy mal humor.*) ¡Es muy gracioso su amiguito!

DONC.—(*Anunciando.*) Don Santiago Ramos.

LUC.—(*Disponiéndose a marchar.*) No quiero encontrarme con
más que de refilón... Ya sabe usted a lo que viene...

PAQ.—¡Ah, es verdad! Ahora me va a pagar la tontería que ha hecho.

LUC.—¿Quiere usted que yo le despida?

PAQ.—No, no; puesto que se me quiere declarar, que se me declare... No quiero perder esta declaración.

LUC.—¿Se va usted a divertir un rato?

PAQ.—Lo que me divertirá será la comparación.

LUC.—¡Bah! No tengo mucho que temer... Pero sea usted un poco compasiva...

PAQ.—(*A la doncella.*) Que pase ese caballero.

LUC.—(*Se da un golpe en la frente y luego se mira las manos.*) ¡Caramba! ¡La señal!... ¿Cuál voy a hacer?... ¿Un guante?... No. ¿Dos guantes?... Tampoco... ¡Ninguno!

ESCENA IV

DICHOS y SANTIAGO

SANT.—Señora. (*A Luciano, bajo.*) ¿No te has puesto los guantes?

LUC.—No.

SANT.—¿Sin guantes?... ¿Qué pasa?

LUC.—Mira, si encuentras mis guantes por casualidad, haz el favor de devolvérmelos... (*Mutis.*)

SANT.—Sus guantes..., sus guantes...

PAQ.—¿Qué es eso?... ¿Qué le decía?

SANT.—Nada, nada... Una bromita... ¡Está siempre de tan buen humor!...

PAQ.—¿Y usted?

SANT.—¡Oh, yo!... Bajo este aspecto triste, no soy alegre..., no soy muy alegre..., no soy alegre.

PAQ.—Bien, amigo Ramos...

SANT.—(*Muy azorado.*) Bien, señora... (*Decidiéndose.*) Yo...

PAQ.—(*Interrumpiéndole.*) ¿Quiere usted una taza de té?

SANT.—(*Tranquilizándose un poco.*) Sí, una taza de té.

PAQ.—¡Parece que está usted muy contento! (*Toca el timbre.*)

SANT.—Es que me gusta mucho el té... Me enerva, me quita el sueño, me hace daño... Me gusta mucho el té. (*Entra la doncella.*)

PAQ.—Traiga el té. (*Mutis la doncella.*)

SANT.—(*Siguiendo su idea.*) Generalmente, le gustan a uno las cosas que le hacen sufrir.

PAQ.—Sí, que estropean el estómago. (*Una pausa larga.*) Me han dicho que estuvo usted antes aquí.

SANT.—Sí.

PAQ.—Entonces, ésta es hoy la segunda visita.
SANT.—Es la segunda visita.
PAQ.—¿Sabe usted que esto le va á comprometer mucho?... ¡Qué dirán esas señoras!
SANT.—(*Modesto.*) ¡Oh, esas señoras!...
PAQ.—Bien es verdad que, como ellas tienen sus lecciones... (*Entra la doncella con el té y se va.*) Aquí está el té.
SANT.—(*Muy desconcertado.*) Muchas garcias, señora; no lo tomo, no lo tomo.
PAQ.—¿Es un capricho?
SANT.—Sí, es un capricho. (*Pausa.*)
PAQ.—No sabía que Luciano y usted fueran tan íntimos.
SANT.—Sí. Somos amigos muy antiguos. Estudiamos juntos en el colegio de San Pablo.
PAQ.—Estoy segura de que usted sería un estudiante muy aplicado, y él, un tumbón.
SANT.—¡Lo ha adivinado usted! Yo le ayudaba siempre a salir de los apuros en clase, ¡y él me hacía cada trastada!... ¡Era muy notable!... Tenía menos años que yo, pero mucha más viveza... Porque yo no he estado seguro de mí mismo, sino mucho más tarde.
PAQ.—¡Ah!
SANT.—Sí, mucho más tarde... Recuerdo que me llevaba a las Ventas y me presentaba a algunas chicas...
PAQ.—¡Qué chicas!... (*Riendo.*)
SANT.—Las que iban allí.
PAQ.—Y usted, ¿qué las decía?
SANT.—¡Muchas cosas! Las decía: "Señoritas, son ustedes muy guapas y me gustan ustedes mucho."
PAQ.—Y ellas, ¿le contestaban?
SANT.—Algunas veces me preguntaban si tenía buenos puestos en las clases, y cuando sabían que no, se disgustaban mucho.
PAQ.—Mientras que Luciano...
SANT.—¡Oh! Luciano es muy afortunado.
PAQ.—Sí, es muy afortunado.
SANT.—Una vez conquistó a una muchachita..., vamos, a una muchachita...
PAQ.—¿Y la quería?
SANT.—No; pero le servía para ayudarle en sus trabajos.
PAQ.—¡Vaya una idea!
SANT.—Recuerdo que un día que había escondido el sombrero a su vecino—el vecino era yo—, el profesor le quiso humillar delante de toda la clase y le obligó a que le llevara copiado diez veces este tema: "Siempre estoy castigado por hacer jugarretas a mis compañeros..." La pobre Conchita—se llamaba Conchita—se pasó el domingo copiando

los temas, mientras Luciano y yo nos divertíamos en un café de camareras...

PAQ.—¡Qué par de monstruos!

SANT.—No, no, señora... Eramos dos pollitos... ¡Y muy calaveras!

PAQ.—¿Usted también?

SANT.—Sí, señora, yo también. Yo nunca me he cortado para dirigirme a las mujeres... a quienes no quería.

PAQ.—(*Aparte.*) ¡Pobrecillo! (*Alto.*) Y, por lo visto, ¿Luciano sigue siendo su director sentimental?

SANT.—Tiene mucha experiencia.

PAQ.—Y ¿qué es lo que le ha aconsejado?

SANT.—(*Aterrado.*) ¡Audacia! (*Baja los ojos al suelo.*)

PAQ.—¡Ah!...

SANT.—(*Con decisión, un poco violento.*) Sí, audacia... Por eso yo... Es preciso que sepa usted...

PAQ.—(*Mirándole de frente.*) ¿Que yo sepa?...

SANT.—(*Balbuceando.*) Sí, que sepa usted... que Luciano es un amigo muy servicial y muy constante... Yo tengo en él una confianza absoluta.

PAQ.—¿Desde cuándo?

SANT.—Sobre todo...; desde siempre...

PAQ.—Bueno. (*Toma su té.*)

SANT.—(*Aparte.*) Soy un estúpido... Esto es una estupidez. (*Hace un gesto, da vueltas al sombrero y lo deja caer. Paquita le mira, aparte, algo burlona.*) Medio minuto... Me doy un plazo de medio minuto. (*Pausa.*) Sí. (*Se levanta. Aparte.*) No..., no..., no puedo, no podría... Renuncio... No podría.

PAQ.—¿Qué dice usted? (*Dejando la taza.*)

SANT.—Nada... Es decir... No, nada. (*Pausa.*)

PAQ.—(*Aparte.*) ¡Qué cernícalo!... (*Un poco nerviosa, se dirige al espejo, se mira y vuelve.*) ¿No le parece a usted que me sienta muy mal este peinado? Yo creo que me hace más vieja.

SANT.—¡No diga usted eso!... Nunca ha estado usted más linda, más deliciosamente presentada... (*Enmudece.*) y.....

PAQ.—(*Insinuante.*) ¿Y qué?...

SANT.—Por otra parte, este año son tan graciosas las modas... (*Con otro tono.*)

PAQ.—No hable used de eso, que no entiende usted nada... Déme usted mi costurero. (*Pausa. Aparte.*) Me impacienta su falta de decisión. Pero estoy decidida a que se me declare, y lo conseguiré.

SANT.—Tenga usted su costurero...

PAQ.—(*Contemplándole.*) La verdad es que hoy tiene usted un aspecto distinto al de todos los días.

SANT.—No, no... Se lo aseguro a usted... Y ¿por qué no tengo el aspecto de todos los días?

PAQ.—(*Nerviosa.*) No lo sé. Pero está usted desconocido. No está muy bien que yo lo diga...

SANT.—Dispénseme usted, señora. ¿Le he dicho a usted alguna cosa?

PAQ.—No, no me ha dicho usted nada. (*Registra en su costurero.*) ¿Dónde estará el bordadito que?... ¡Ah, allí!... (*Santiago lo encuentra sobre la mesa. Aparte.*) ¡No dirá nada!

SANT.—(*Vuelve con el bordado.*) Aquí está... (*Se pincha con una aguja.*) ¡Ay!

PAQ.—¿Qué es eso?

SANT.—La aguja. (*Se chupa el dedo.*)

PAQ.—(*Riéndose.*) ¡Dios mío! ¡Pobrecillo! ¡Qué desgraciado es usted!

SANT.—No había visto la aguja.

PAQ.—Hablo en general... Vaya. (*Buscando un trapito. Aparte.*) Voy a ayudarle un poco. (*Alto.*) Déme usted el dedo.

SANT.—No, no, que me va usted a hacer daño. Es aquí, cerca de la uña.

PAQ.—Hay que saber sufrir por las mujeres. ¿Le gustan a usted, Santiago? (*Prepara el trapito y, mientras habla, se lo coloca en el dedo cuidadosamente.*)

SANT.—(*Rudamente.*) Sí, señora.

PAQ.—¡Pues no lo parece!

SANT.—¡Es que me dan mucho miedo!... Reconozco su fuerza y mi debilidad... Me parecen algo así como máquinas de guerra, que yo no sé manejar, y..., vamos..., y...

PAQ.—Consuélese usted despreciándolas un poco... Yo le aseguro, porque me conozco perfectamente, que somos muy poquita cosa... Los sabios hablan siempre muy mal de nosotras. No sé cuál de ellos ha dicho que somos una cosa aparte, fuera de la misma creación, porque nos crearon de propina; el sábado por la tarde... Somos la última obra del Señor... Y se conoce que ya estaba fatigado... Mientras que Adán... ¡Oh, Adán!... ¿Qué piensa usted de Adán?

SANT.—¡Era un neurasténico!

PAQ.—No está mal dicho... Era un espíritu distinguido... No hay que olvidar que él fué el primero que salió del paraíso terrenal, que era, después de todo, el único establecimiento clásico que existía en su tiempo. (*Santiago ríe. Ella busca hilo y le ata el dedo.*) ¡Qué bonitos gemelos lleva usted!

SANT.—No son míos. Son de mi criado.

PAQ.—Los ha debido comprar en el bazar X.

SANT.—Pienso despedirle y mudarme de casa.

PAQ.—¿Y adónde piensa usted mudarse? ¿Cerca de mí?

SANT.—Sí... Si yo me atreviera...

PAQ.—(*Riendo.*) ¡Atrévase usted! ¡Me parece que podemos vivir juntos y sin temor en el mismo paraíso!... Yo, en cambio, le daré las señas de mi sastre.

SANT.—Gracias... No sé cómo expresarla...

PAQ.—Sí, se expresa usted con bastante dificultad... ¿No es abogado?

SANT.—Sí.

PAQ.—(*Le suelta la mano, después de anudarle el hilo.*) Vaya. ¡Se acabó!... ¿No me da siquiera las gracias?

SANT.—Sí, sí... Gracias.

PAQ.—¿Nada más? ¿No tiene usted otra cosa que decirme?

SANT.—No. (*Se sienta y pone la mano sobre la rodilla.*)

PAQ.—(*Aparte.*) Esto va siendo un poco humillante... Y, bien mirado, vaya si resulta aceptable. (*Alto.*) Le está a usted muy bien esa muñequita.

SANT.—(*Mirándose el dedo.*) Sí... Es muy bonita.

PAQ.—¡Qué presumido!...

SANT.—¡Como es usted quien la ha hecho!...

PAQ.—¡Gracias a Dios que me ha dicho usted una galantería! Parece que le cuesta trabajo declarar que soy con usted muy complaciente. (*Se lleva el costurero y vuelve.*) Creo que empiezo a comprenderle... ¿Por qué tiene usted esa exagerada desconfianza de sí mismo? Usted posee ciertas cualidades..., usted no se da cuenta de que es muy simpático.

SANT.—¡Ay! ¿A quién?

PAQ.—A todos sus amigos, a Luciano, a mí...

SANT.—(*Muy sofocado.*) ¿A usted?

PAQ.—Y, además, esté usted seguro de que hay muchas mujeres que encuentran un encanto especial en eso que usted cree una desventaja... Sí; a muchas les gusta que un hombre pierda un poquito la cabeza por ellas; que se dé contra los muebles, que toque el tambor en el sombrero.

SANT.—¡Ah!... Se está usted burlando de mí. (*Descorazonado.*)

PAQ.—¡No, no!... ¡Qué idea! (*Impaciente.*) ¡Oh! (*Dando pataditas.*) Parece que está usted un poco contrariado... ¡Tal vez por culpa mía! Va usted a creer que me gusta contrariar a todo el mundo.

SANT.—No lo sé.

PAQ.—¿Por qué es usted tan susceptible?... Sí, sí; reconozco que yo he tenido un poco de culpa... No estuve con usted siempre todo lo complaciente que debiera... Ahora me arrepiento... He sido poco razonable, sí... Y, sobre todo..., este verano.

SANT.—¿Este verano?

PAQ.—Cuando me di cuenta de lo que... Cuando usted me dijo... Porque usted me dijo...

SANT.—(*Vivamente.*) ¿Qué?

PAQ.—Lo que ahora no se atreve usted a decirme... ¡Cuando me dijo usted que me amaba!

SANT.—(*Consternado.*) ¿Yo? ¡Yo no le he dicho a usted eso jamás!... ¡Se lo juro!... Nunca hubiera tenido la audacia de... Nunca. Yo no se lo he dicho.

PAQ.—¿No se acuerda usted?... Al anochecer, en la playa... Las barcas pescadoras se deslizaban, silenciosas, cerca de nosotros, hundiéndose en la noche, como unas gaviotas.

SANT.—Las barcas...

PAQ.—Acuérdese usted... Las luces danzaban en la obscuridad... Sobre el agua se veía el camino de la luna... De vez en cuando se cruzaban con nosotros unas inglesas, pálidas, espigadas, mudas... ¡Acuérdese usted!... Por las ventanas del Casino salían las notas del vals, que se mezclaban con la canción de la marea... La brisa tenía un penetrante olor de algas y de heliotropos... A lo lejos, el faro giraba, giraba, deslumbrándonos con su fuerte claridad... Usted hablaba, hablaba...

SANT.—Me parece..., sí...

PAQ.—Yo, apenas oí sus palabras... Iban mezcladas con la brisa, con la música, con la noche. Se convertían en perfume, en poema, en melodía... ¡Cómo no había de decirlas en aquella decoración de ensueño!...

SANT.—(*Exaltado.*) ¡Es admirable!... Sí... Yo, yo... Me parece que...

PAQ.—¡Recuerde usted! Cuando llegamos al acantilado descubrimos a un marinero y a una muchacha que se abrazaban... Yo me sentí envuelta por la caricia de su deseo y por el fervor de su pensamiento. ¡Había en el ambiente algo de embriaguez, de voluptuosidad!...

SANT.—(*Iluminado.*) ¡Ah, sí!... ¡Fué una noche que perdí cuatro duros en los caballitos!

PAQ.—¡Ve usted como lo recuerda!

SANT.—Recuerdo el día; pero no me acuerdo de haberla dicho...

PAQ.—Que me lo dijera usted o no, puesto que ahora yo me acuerdo...

SANT.—¿Usted se acuerda?

PAQ.—Sí, y estoy verdaderamente turbada.

SANT.—Yo, también, como si se lo acabara de decir.

PAQ.—Y yo, como si se lo acabara de escuchar.

SANT.—¡Ah, Paquita, Paquita!... Me vuelve usted loco de alegría... ¿Será verdad?... ¡No he pensado más que en usted!... ¡Usted llena toda mi vida!... ¡Pero me daba usted un miedo!... ¡La amo a usted tanto!... No me atrevo a creer a mi corazón... ¡Qué buena es usted!... ¡Cuánto la amo!... Perdóneme usted: pero yo no sabía lo que me decía.

PAQ.—¡Ni yo sabía lo que pensaba!... ¡No me guarde usted rencor!... Ahora es cuando le conozco bien y estoy convencida de que usted no es como los demás. Tengo confianza en usted... ¡Usted solo me amará como yo quiero ser amada!

SANT.—¿Y usted?

PAQ.—Yo no se lo impediré.

SANT.—Nunca me separaré de su lado... Creo que no podría vivir sin usted... ¡Y pensar que tengo que marcharme al paseo de Recoletos!

PAQ.—Aguarde... Voy a darle a usted una prueba... Tengo dos butacas para la función del Real de esta noche... Le invito a usted a venir conmigo, y usted, en cambio, me convidará a cenar. ¿Le conviene el trato?

SANT.—¡Que si me conviene! ¡Dios mío, que si me conviene!...

PAQ.—Bueno. Está dicho. ¡Ah! Sólo que...

SANT.—¿Qué?

PAQ.—Nada, nada... Alguien que debía venir... Voy a poner dos letras... Es muy urgente. Hasta ahora mismo. (*Mutis.*)

ESCENA V

SANTIAGO; *después,* LUCIANO.

SANT.—(*Toma su sombrero maquinalmente, le da unos papirotazos, se pasea un poco y mira la puerta por donde marchó Paquita.*) Lo cierto es que soy un poco más atrevido de lo que creía. (*Llaman.*) ¿Quién será?

LUC.—(*Entrando.*) ¿Cómo? ¿Estás aquí todavía?

SANT.—No... Es decir...

LUC.—(*Dándole unas palmaditas.*) ¡Pobre Santiago! ¡Nunca te curarás! ¡Te encuentro tan atontado como te dejé!

SANT.—Es decir, que...

LUC.—Me figuro lo ocurrido... Has hablado y te han puesto de patitas en la calle... Me lo suponía... Conocí que estaba de muy mal humor y por eso no me puse los guantes... ¿Comprendes?

SANT.—Te equivocas... No la he dicho nada.

LUC.—¿Cómo?

SANT.—Y ¿sabes por qué no la he dicho nada?... ¡Pues porque hace tres meses que se lo había dicho!

LUC.—¿Tú?

SANT.—Sí, yo... Una noche, en San Sebastián... Las barcas se deslizaban, danzaban las luces y pasaban las inglesas.

LUC.—¿Eh?...

SANT.—El faro giraba, giraba. Había una muchacha, voluptuosidad, deseo y un marinero... Perdí cuatro duros.

LUC.—Pero ¿qué es lo que dices?

SANT.—¡Pobre Luciano!... Tú eres un inocente y no comprendes nada... Pero no te descorazones... Yo te daré consejos para triunfar con las mujeres... Ya verás... No te asombres... No te asombres...

ESCENA VI

DICHOS y PAQUITA

PAQ.—(*Aparte, al ver a Luciano.*) ¡Ah!

LUC.—(*Viendo a Paquita.*) Mi querida amiga. Le traigo los billetes para esta noche. Dos butacas de buena fila. De paso he encargado en el Ideal Room la cena, que espero sea de su gusto y del mío.

SANT.—Pero como...

PAQ.—(*Atajándole.*) Santiago, ¿quiere usted decir que me traigan el abrigo? (*Le empujan hacia la puerta izquierda. El se va. A Luciano.*) ¿Tiene usted los billetes?

LUC.—Aquí están. Yo los guardaré.

PAQ.—No, démelos.

LUC.—¿Para qué?

PAQ.—Porque, mi querido Luciano, con permiso de usted, esta noche me acompañará Santiago... Y como no hay más que dos butacas y usted es tan buen amigo, no tendrá usted inconveniente en cederle la suya.

LUC.—¿Santiago? ¿Santiago?... ¿Por qué?

PAQ.—Porque... Figúrese usted... El no ha visto *Fausto.*

LUC.—¿Se está usted burlando de mí?

PAQ.—¡De ninguna manera!

LUC.—¿Qué es lo que debo pensar?

PAQ.—Lo que usted tema.

LUC.—¡Paquita!... ¿Qué mujer es usted?...

PAQ.—Yo soy... como soy.

LUC.—Entonces, yo, ¿qué hago?

PAQ.—¿Usted? ¿No tiene a Lucía?

LUC.—Lucía... ¡Acabo de romper con ella!

PAQ.—¡Eso dará lugar a una reconciliación!

LUC.—¿Es decir, que prefiere usted a Santiago? Eso es imposible. ¡Eso es una locura!... ¿Cómo ha podido usted convencerse? ¿Qué le ha dicho a usted?

PAQ.—Me ha dicho lo preciso.

LUC.—No; esto es muy molesto... ¡Cuando pienso en que hace un instante, aquí mismo, usted me...! Renuncio a explicármelo. . ¡Es demasiado complicado!

PAQ.—No. Es sencillísimo... Es una corazonada...

LUC.—(*Furioso.*) Sí; ya sé que el corazón tiene unas razones que la razón desconoce por completo.

PAQ.—¡Qué tonterías dice usted!

LUC.—Perdón. El corazón tiene unas razones que Paquita desconoce por completo.

SANT.—(*Entrando con el abrigo.*) Aquí está. (*Queda en el foro.*)

LUC.—De modo que yo me quedo compuesto y él...

PAQ.—(*A Santiago.*) Vámonos.

SANT.—(*Después de ponerla el abrigo, a Luciano.*) Hasta luego, querido, y muchas gracias... Ya sé todo lo que has hecho por mí...

LUC.—¡Me estará tomando el pelo!

PAQ.—¿Es en el Ideal Room donde dijo usted que había encargado la cena?

LUC.—(*Furioso.*) Sí, una cena deliciosa.

PAQ.—Nos hará muy buen provecho.

SANT.—¿Has traído coche?

LUC.—Sí, un coche de La Peña.

SANT.—Con tu permiso, le tomaremos ahora. Adiós. (*Se acerca a Luciano mientras Paquita se arregla en el espejo. En voz baja.*) Oye... Como no esperaba esto, temo no haber traído bastante dinero... ¿Quieres dejarme veinte duros?

LUC.—(*Se los da.*) ¡Magnífico! ¿Quieres también mi reloj?

SANT.—Gracias. Adiós, Luciano.

PAQ.—Adiós, Luciano.

LUC.—Y ¿qué voy a hacer yo ahora?

PAQ.—(*Desde la puerta.*) Que ¿qué va usted a hacer?... Coge usted una hojita de papel blanco...

LUC.—¿Qué?

PAQ.—Y copia usted treinta veces el tema: "Siempre se castiga al que hace jugarretas a sus compañeros." Buenas noches.

TELÓN

Relación de los números publicados p

1 *El amigo Melquiades*, por Carlos Arniches.
2 *El modelo de virtudes*, por Pedro Muñoz Seca.
3 *La familia de la Sole; El porvenir del niño*, por Antonio Casero.
4 *Las pecadoras*, por Antonio Asenjo y Angel Torres del Alamo.
5 *La sobresaliente*, por Jacinto Benavente.
6 *Una pasión y un frac*, por Fernando Luque.
7 *El orgullo de Albacete*, por Paso y Abati.
8 *Lluvia de hijos*, por Federico Reparaz.
9 *La sombra de Otelo*, por José Montero.
10 *La cocina; La afición*, por Antonio Ramos Martín.
11 *El capricho de las damas*, por Asensio Mas, Cadenas y Blasco.
12 *El contrabando; De balcón a balcón*, por Sebastián Alonso y Muñoz Seca.
13 *Serafín el Pinturero*, por Arniches y Renovales.
14 *El Conde de Luxemburgo*, por José Juan Cadenas.
15 *Celia en los infiernos*, por Benito Pérez Galdós.
16 *La pradera de San Isidro; Las castañeras picadas*, por D. Ramón de la Cruz.
17 *El amigo Teddy*, por Antonio Palomero.
18 *¿Cuántas, calentitas, cuántas?; ¡Viva el difunto!*, por Tomás Luceño.
19 *Coba fina*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
20 *El puñao de rosas*, por Arniches y Asensio Mas.
21 *Aquí hase farta un hombre*, por Jorge y José de la Cueva.
22 *El baile de Luis Alonso; Las mujeres*, por Javier de Burgos.
23 *La nicotina*, por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
24 *La patria chica*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
25 *Los granujas*, por Carlos Arniches y José Jackson Veyan.
26 *El asistente del coronel*, por Gonzalo Cantó.
27 *La Cara de Dios*, por Carlos Arniches.
28 *El tambor de Granaderos*, por Emilio S. Pastor.
29 *El brillo de los caireles*, por Angel Torres del Alamo y Antonio Asenjo.
30 *Los últimos frescos*, por Pedro Pérez Fernández y Fernando Luque.
31 *Las mocitas del barrio*, por Casero y Larrubiera.
32 *La verbena de la Paloma o el Boticario y las chulapas y celos mal reprimidos*, por Ricardo de la Vega.
33 *Bohemios*, por Perrín y Palacios.
34 *Lista de Correos*, por Francés y Leal.
35 *El Santo de la Isidra* y *El tío de Alcalá*, por Carlos Arniches.
36 *Molinos de viento*, por Luis Pascual Frutos.
37 *El abuelo*, por Benito Pérez Galdós.
38 *Las flaquezas del prójimo* (de nuestro concurso de novelas). Lema: "Del Madrid castizo".
39 *El Cristo de la Vega*, por Cantó y Soldevilla.
40 *El redil*, por José Ramos Martín.
41 *El reloj de míster Hull*, por Melitón González.
42 *En un lugar de la Mancha*, por Pablo Parellada.
43 *Al primer vuelo...* (de nuestro concurso de novelas). Lema: "El Bachiller González".
44 *Cosas que vuelven*, por González Hompanera y López Núñez.
45 *Las de Sabiñánigo de veraneo*, por A. R. Bonnat.
46 *El roble de "La Jarosa"*, por Pedro Muñoz Seca.
47 *La Peliculera* (de nuestro concurso de novelas). Lema: "Sancho Panza".
48 *Lo que no muere*, por Alonso Gómez y Manzano Mancebo.
49 *Lorenza "la Resalá" o la verbena del barrio*, por Juan Tavares.
50 *Las urracas*, por Ignacio Iglesias.
51 *El gitanillo*, por Manuel Garrido.
52 *Doña María Coronel*, por M. Seca.